

CUARTA PARTE.

I.

Una comunicacion importante.

Algun tiempo despues de los sucesos, que no pertenecen, si se quiere, á nuestra historia, pero que podríamos referir con sus mas minuciosos detalles, puesto que á pesar de nuestra calidad de novelistas tenemos la pretension de conocerlos mejor que ciertos historiadores amigos nuestros, sucesos que, teniendo una inmensa influencia en toda la Europa, la habian por un instante agitado, como agita una tempestad la superficie del Occéano; Bonaparte, concentrando en su mano las funciones, no solo de sus dos colegas, Lebrun y Cambaceres, sino hasta las de los ministros, justificó la expresion de Sieyes:

— Es un hombre que todo lo oye, todo lo vé, todo lo puede!

Algun tiempo, volvemos á repetir, despues de estos sucesos, en la mañana del 30 de *nivoso*, ó para hacerlo mas inte-

ligible á nuestros lectores, del 20 de enero de 1800, al abrir Roland, gobernador á la sazón del castillo de Luxemburgo, la correspondencia de la mañana, entre otras cincuenta cartas pidiéndole audiencia, encontró una escrita en estos términos:

«Señor gobernador:

«Conozco vuestra lealtad, y voy á probaros que la aprecio en lo que se merece.

«Necesito conversar con vos cinco minutos; durante ellos estaré cubierto con una máscara.

«Tengo que pedir os una cosa.

«Lo que os pida, me lo concedereis ó me lo negareis; pero en uno y otro caso, como no pretendo entrar en el palacio de Luxemburgo mas que por interés del primer consul Bonaparte y de la causa realista, entre cuyos partidarios me cuento, exijo vuestra palabra de honor de que me dejareis salir con la misma libertad que me habreis dejado entrar.

«Si mañana, á las siete de la tarde, veo una luz sola en la ventana que hay debajo del reloj, será señal de que el coronel Roland de Montrevel me ha empeñado su palabra de honor; y contando con ella, me presentaré confiadamente á la puertecita del ala izquierda del palacio que dá al jardín.

«Daré tres golpecitos pausados, al estilo de los francmasones.

«A fin de que sepais antes á quien empeñais, ó negais, vuestra palabra, firmo con un nombre que no os ha de ser

desconocido, por haberse pronunciado en vuestra presencia, en una ocasion que no habreis probablemente olvidado.

«MORGAN

«Jefe de los compañeros de Jehú.»

Volvió Roland á leer la carta, quedando por un momento pensativo, y entrando en seguida en el gabinete del primer cónsul, sin decirle una palabra, alargóle la carta. Leyóla este sin descubrirse en su semblante la menor emocion ni extrañeza, y con un laconismo enteramente lacedemonio :

— Es menester poner la luz, dijo. Y volvió la carta á Roland.

Al dia siguiente, á las siete de la tarde, púsose la luz en la ventana, aguardando Roland en persona detrás de la puerta del jardin. A las siete y cinco minutos oyéronse tres golpes en la puerta, segun la costumbre de los franc-masones, esto es, dos y uno. Abrióse inmediatamente la puerta, dibujándose entre la parduzca atmósfera de una noche de invierno un hombre envuelto en una capa; Roland se mantenía oculto en la sombra. No descubriendo persona alguna, permaneció el de la capa un instante inmóvil.

— Entrad, dijo Roland. — Ah! sois vos, coronel? — Cómo sabeis que soy yo? preguntó Roland. — Porque conozco vuestra voz. — Mi voz! si durante los cortos instantes que estuvimos juntos, en Aviñon, no pronuncié una sola palabra! — Pues entonces, la habia oido antes.

Insistió Roland en saber dónde el jefe de los compañeros de Jehú habia podido oír su voz. Pero este con la mayor franqueza :

— Pero, le dijo, el que conozca ó no vuestra voz, ha de ser un motivo para que nos quedemos ahí á la puerta, coronel? — No en verdad, contestó Roland; coged la falda de mi levita, y seguidme; no he querido de intento que pusiesen luces en la escalera y corredor que conducen á mi cuarto. — Agradezco la intencion, pero teniendo vuestra palabra, atravesaria el palacio de un extremo á otro, aunque estuviese iluminado *à giorno*, como dicen los italianos. — Podeis contar con ella, repuso Roland; seguid pues sin el menor cuidado.

No necesitaba Morgan que le animasen para seguir resueltamente á su guia. A lo alto de la escalera, tomaron un corredor igualmente oscuro, y á unos veinte pasos abrió Roland una puerta, entrando en su cuarto seguido de Morgan. Dos solas bujías habia en el cuarto. Una vez en él, quitóse Morgan la capa, dejando sus pistolas encima de la mesa.

— Qué haceis? le preguntó Roland. — Nada, con vuestro permiso, contestó alegremente su interlocutor, voy á ponerme con comodidad. — Pero, por qué dejais vuestras pistolas? — Bah! creéis que las he tomado por vos? — Por quién pues? — Por mi señora doña policía; os parece que tengo yo traza de dejarme coger por el ciudadano Fouché, sin chamuscar antes el bigote del primer esbirro que me pon-

ga la mano encima?—De manera que estais convencido de que aquí nada teneis que temer?—Sí, á fe mia, dijo el jóven, teniendo vuestra palabra, me considero completamente seguro.—Por qué no os quitais pues la máscara?—Porque mi rostro no me pertenece mas que por mitad, la otra mitad pertenece á mis compañeros. Quién sabe si conociendo á uno solo de nosotros, no abriria este á los demás el camino de la guillotina? porque al ver que yo escondo el rostro, coronel, adivinareis fácilmente en qué juego nos hemos empeñado.—Pero por qué lo jugais?—Ah! vaya una pregunta! Por qué vais vos al campo de batalla, donde puede una bala atravesaros el pecho, ó llevarse vuestra cabeza?—Es muy diferente, permitid que os lo diga: en el campo de batalla voy á arrostrar una muerte honrosa.—Ah, ya! segun eso creeis que cuando la cuchilla revolucionaria vaya á cortar mi cabeza, me consideraré deshonorado! Nada de esto, soy un soldado como vos, pero no todos podemos defender nuestra causa de la misma manera: cada religion tiene sus héroes y sus mártires; felices en este mundo los héroes; dichosos en el otro los mártires!

Pronunció el jóven estas palabras con tan íntima conviccion, que no dejaron de conmovér, ó á lo menos de admirar á Roland.

—Pero, prosiguió Morgan, cambiando muy pronto aquella momentánea exaltacion por el tono festivo que parecia serle habitual, yo no he venido á filosofar sobre política, si-

no á pedirnos que me faciliteis el medio de hablar al primer cónsul.—Cómo! al primer cónsul? exclamó Roland.—Al primer cónsul; volved á leer mi carta: os decia en ella que tenia que pedirnos una cosa.—Es verdad.—Pues bien: lo que tengo que pedirnos es que me faciliteis medio de hablar al general Bonaparte.—Dispensad; como no aguardaba semejante peticion....—Os sorprende, ó mejor dicho, os inquieta. Si no os basta mi palabra, podeis, querido coronel, registrarme de piés á cabeza, para cercioraros de que no llevo otras armas que las pistolas, y como las he dejado sobre vuestra mesa, es claro que no podré servirme de ellas. Mas aun: tomad una en cada mano, colocaos entre el primer cónsul y yo, y hacedme saltar la tapa de los sesos al primer movimiento sospechoso que advirtais. Os gusta la condicion?—Pero, si voy á distraer al primer cónsul, á fin de que oiga lo que quereis comunicarle, podeis responderme de que es cosa que vale la pena? —Oh! en cuanto á esto, os lo aseguro.

Luego con su festivo acento:

—Sby en este instante, añadió, embajador de una testa coronada, ó mejor descoronada, lo cual no la hace menos respetable para un corazon verdaderamente noble; además de que ocuparé muy poco tiempo á vuestro general, M. Roland, y en el momento que la conversacion se le haga pesada, podrá despedirme; no aguardaré á que me lo diga dos veces, perded cuidado.

Quedóse Roland por un instante pensativo y silencioso.
—Y únicamente al primer cónsul podeis dar cuenta de vuestra embajada?—Al primer cónsul únicamente, puesto que él es quien únicamente puede contestarme.—Pues bien, aguardad un instante, voy á tomar órdenes.

Dió Roland un paso hácia el cuarto de su general; pero se detuvo de repente, echando una mirada de desconfianza sobre un manojo de papeles que quedaban encima de la mesa. Sorprendió Morgan esta mirada, cuya significacion comprendió exactamente.

—Ah! dijo, temeis que durante vuestra ausencia vaya á entretenerme con estos papelotes; ah! si supieseis cuánta aversion tengo á la lectura; aun cuando me dijese que hay encima de esta mesa mi sentencia de muerte, no me tomara el trabajo de leerla; esta es obligacion del escribano, y cada palo que aguante su vela. Me siento fatigado, M. Roland, y por lo mismo aprovecharé vuestra ausencia, para sentarme y descansar en este sillón; en él me encontrareis cuando volvais, no hay cuidado de que me levante.—Está bien, caballero, dijo Roland, y se dirigió al cuarto del primer cónsul.

Estaba Bonaparte conferenciando con el general Hedouville, general en jefe del ejército de la Vendee. Al oír abrir la puerta, volviése con impaciencia:

—He dicho á Bourrienne que para nadie estaba visible.
—Esto me ha dicho, general; pero le he contestado que yo

no era nadie.—Tienes razon; qué quieres? Dí pronto.—Está en mi cuarto.—Quién?—El hombre de Aviñon.—Ah! ah! y qué quiere?—Veros.—A mí?—Sí, á vos, general; parece que lo extrañais?—No, pero qué me querrá?—Se ha negado obstinadamente á decírmelo; con todo, me atrevo á aseguráros que no es un impertinente ni un loco.—No, pero es tal vez un asesino.

Meneó Roland la cabeza en señal de negacion.

—Ya se vé, siendo tú quien lo introduce...—Además de que no tiene inconveniente en que asista yo á la conferencia; me colocaré entre vos y él.

Reflexionó Bonaparte un instante:

—Puede entrar, dijo al fin.—No olvideis, general, que únicamente yo...—Ah, bien! el general Hedouville tendrá la bondad de aguardar un momento; nuestra conferencia no es por fortuna una sesion.

Salió Roland, atravesó la antecámara de Bourrienne, entró en su cuarto, y encontró á Morgan sentado en el sillón, como habia dicho.

—Seguidme, le dijo; el primer cónsul os aguarda.

Levantóse Morgan y siguió á Roland. Cuando entraron en el cuarto de Bonaparte, le encontraron solo. Con una rápida ojeada al jefe de los compañeros de Jehú, quedó convencido de que era el mismo que habia visto en Aviñon. Morgan, que se habia detenido á algunos pasos de la puerta, despues de haber examinado atentamente á Bonaparte, quedó por su par-

te convencido tambien de que era el mismo que habia visto, sentado á la mesa, al presentarse á verificar la peligrosa restitucion de los doscientos luises, robados equivocadamente á Juan Picot.

—Acercaos, le dijo.

Inclinóse Morgan y dió tres pasos adelante. Contestó Bonaparte á su saludo bajando ligeramente la cabeza.

—Habeis dicho á mi ayudante de campo, el coronel Roland, que deseabais hablarme?—Así es, ciudadano primer cónsul.—Qué quereis pues decirme? Es preciso que estemos solos?—No, ciudadano primer cónsul; aun cuando lo que tengo que comunicaros es de tanta importancia.....—Que preferiais hacerlo á solas?—Sin duda, pero la prudencia.....—Nada hay en Francia mas prudente, ciudadano Morgan, que el valor.—Mi presencia en este sitio os probará, general, que soy de la misma opinion.

Volviéndose Bonaparte al jóven coronel:

—Déjanos solos, Roland, le dijo.—Sin embargo, general,.....—contestó este.

Acercándosele Bonaparte, le dijo en voz baja:

—Vamos, ya veo; tienes curiosidad de saber lo que este misterioso emisario querrá decirme: cuando él salga, te lo contaré.—No es esto; sino que, como habeis dicho hace poco, si fuese este hombre un asesino?—No me has asegurado tú que no lo era? Vamos, no seas niño, déjanos.

Roland salió.

—Hénos aquí solos, caballero, dijo el primer cónsul; hablad.

Morgan, sin contestar, sacó del bolsillo una carta y la entregó á Bonaparte. Examinóla este, viendo que iba dirigida á su nombre, sellada con las tres flores de lis de Francia.

—Oh! oh! dijo el primer cónsul, qué es esto, caballero?—Leod, general.

Abrió Bonaparte la carta, buscando ante todo la firma.

—Luis, dijo.—Luis, repitió Morgan.—Qué Luis?—Luis de Borbon, segun presumo.—El conde de Provenza, el hermano de Luis XVI?—Y por consiguiente, Luis XVIII, desde el momento en que murió su sobrino el delfin.

Volvió Bonaparte á mirar al desconocido, pues era evidente que el nombre de Morgan seria tan solo un seudónimo para ocultar el verdadero. Fijando otra vez la vista en la carta, leyó:

« 3 enero de 1800.

«Cualquiera que sea, caballero, la conducta aparente de los hombres como vos, no inspira jamás el menor recelo; habeis aceptado un puesto eminente, y nadie os lo agradece mas que yo: no ignorais cuántos esfuerzos son necesarios para labrar la felicidad de una gran nacion. Salvad á la Francia de sus propios furros, y habeis llenado el mas ardiente deseo de mi corazon; devolvedla su rey, y las generaciones futuras bendecirán vuestra memoria: si os queda alguna duda de mi